Textos desconocidos: Juan Rulfo

La vida no es muy seria en sus cosas

No, la vida no es muy seria en sus cosas. Esto, que parece estar dicho en toda la narrativa de Juan Rulfo como una suerte de reflexión existencial movida por la compasión ante los seres humildes y pequeños, lo dice expresamente el narrador de uno de sus primeros cuentos, "La vida no es muy seria en sus cosas", publicado en la revista América, *No. 40, el 30 de junio de 1945. Según el autor, es un cuento primerizo, escrito más o menos a los diecisiete años, entre el momento en que intenta ingresar a la Universidad de Guadalajara (1935) sin lograrlo por una larga huelga, trasladándose poco después a México, y cuando comienza a trabajar en la Oficina de Migración de la Secretaría de Gobernación (1938). A esta última fecha corresponde la escritura de una novela que nunca conoceremos (con la excepción del fragmento "Un pedazo de noche") titulada* El hijo del desaliento, *así como varios textos que Rulfo escribía y destruía casi al mismo tiempo. Corresponde también a esa época su "descubrimiento" como escritor por un compañero de trabajo: Efrén Hernández. En 1961 Rulfo le confiesa a Elena Poniatowska: "Efrén Hernández leyó mis primeras cosas, él publicó mi primer cuento: «La vida no es muy seria en sus cosas»". Y en 1948 el propio Hernández, usando el seudónimo Till Ealling, escribía al pie de "La Cuesta de las Comadres": "Causa, a un tiempo, de mi más persistente desconcierto y mi mayor confianza, es la manera de rigor, la rigurosísima y tremenda aspiración, el ansia de superación artística de este nato escritor. Cosas que en buena ley son de envidiarse, él, por hallarlas ruines, ha venido rompiéndolas, tirándolas, deshaciéndose de ellas, ¡para volver a hacerlas! Nadie supiera nada acerca de sus inéditos empeños, si yo no, un día, pienso que por ventura, adivinara en su traza externa algo que lo delataba; y no lo instará hasta con terquedad, primero, a que me confesase su vocación, enseguida, a que me mostrara sus trabajos y, a la postre, a no seguir destruyendo".*

Siendo el primer cuento "confeso" del autor, es probablemente también el primero que publica; un mes después (julio), de ese mismo año, aparece en la revista Pan *de Guadalajara (dirigida por Arreola y Alatorre; luego, por Rulfo), "Nos han dado la tierra", y en noviembre "Macario". Ya su ciclo de funcionario de Gobernación se está clausurando; hacia 1940 había estado encargado de la vigilancia de los marinos italianos y alemanes de los barcos incautados en puertos mexicanos, pero al fin de la segunda guerra, el traslado a un trabajo burocrático en la*

capital sin duda no lo tentaba. Su siguiente empleo fue en Goodrich Euzkadi, como agente viajero, y en esta nueva actividad Rulfo transitó por la mayor parte del país (el sur, en especial) compenetrándose más, si fuera posible, con la realidad de su país. Hacia 1945 faltaba aún cási una década para que el incipiente narrador demostrara la excelencia que alcanzaría con Pedro Páramo *(1955), aunque los cuentos, aislados y perdidos en revistas hasta 1953* (El llano en llamas) *mostraran una insólita y admirable madurez, y la presencia de un escritor sin titubeos. El escritor que Efrén Hernández supo reconocer en Rulfo.*

Confieso difícil determinar hasta qué punto "La vida no es muy seria en sus cosas" se vincula con los demás cuentos conocidos. Parece diferente *pero si, por un lado, advertimos en él una mayor emotividad, una muy clara ternura puesta en el diseño del personaje, y un patetismo a flor de piel, constante, línea a línea, es cierto por otro que está aquí su célebre contención de estilo. Al punto de que el desenlace queda implícito en una imagen pautada por dos o tres sensaciones, sencilla y sugestivamente. El dolor frente a la vida —que es preciso no confundir con el chantaje emocional del realismo social en los años cuarenta— está aquí pero también estará implícito en "Macario", también estará en la circunstancia de "Es que somos muy pobres", también en ciertas imágenes de extrema pobreza de "Nos han dado la tierra". La soledad, el desamparo y la vivencia de la muerte son otros motivos que relacionan e identifican a este cuento inicial con los que inmediatamente le siguieron. Vale la pena anotar aún ciertos rasgos estilísticos no lejanos de "Luvina" o de* Pedro Páramo: *aunque es claro que el acento del relato no está puesto en una atmósfera física sino en la interior, creada por los pensamientos y sensaciones del personaje en su relación consigo mismo y con la criatura que lleva en el cuerpo, de todos modos hay algunas imágenes que muy fácilmente podrían convocar el ambiente desolado de los pueblos fantasmas, como ese "viento frío, agachado al suelo, como si anduviera barriendo las calles". Aquí y en todo el texto se reconoce a Rulfo, se reconoce su expresiva, admirable vena de narrador.**

Jorge Ruffinelli

LA VIDA NO ES MUY SERIA EN SUS COSAS

por Juan Rulfo

Aquella cuna donde Crispín dormía por entonces, era más grande para su pequeño cuerpecito. Él, sin conocer todavía la luz, puesto que aún no nacía, se dedicaba sólo a vivir en medio de aquella oscuridad y a hacer, sin saberlo, más y más lentos cada vez los pasos que daba su madre al caminar por los corredores; por el pasillo y, a veces, en alguna

* Agradezco al P. José Manuel Galaviz por su colaboración en la detección de este texto, y a Juan Rulfo por permitirme publicarlo.

mañana limpia, yendo a visitar el corral, donde ella se confortaba haciendo renegar a las gallinas robándoles los pollitos, y escondiéndose dos o tres abajito del seno, quizá con la esperanza de que a su hijo se le hiciera la vida menos pesada oyendo algo de los ruidos del mundo.

Por otra parte, Crispín, a pesar de tener ya ocho meses ahí dentro, no había abierto ni por una sola vez los ojos. Hasta se adivinaba que, acurrucado siempre, no había intentado estirar un brazo o alguna de sus piernitas. No, por ese lado no daba señales de vida. Y de no haber sido porque su corazón tocaba con unos golpecitos suaves la pared que lo separaba de los ojos de su madre, ella se hubiera creído engañada por Dios, y no faltaría, ni así tantito, para que llegara a reclamarle aunque sólo fuera en secreto.

—El Señor me perdone —se decía—; pero yo tendría que hacerlo, si él no estuviera vivo.

Con todo, él estaba bien vivo. Cierto es que se sentía un poco molesto de estar enrollado como un caracol, pero, sin embargo, se vivía a gusto ahí, durmiendo sin parar y, sobre todo, lleno de confianza; con la confianza que da el mecerse dentro de esa grande y segura cuna que era su madre.

La madre consideró la existencia de Crispín como un consuelo para ella. Todavía no descansaba de sus lágrimas; todavía había largos ratos en los cuales apretábase al recuerdo del Crispín que se le había muerto. Todavía, y esto era lo peor para ella, no se atrevía a cantar una canción que sabía para dormir a los niños. Con todo, en ocasiones, ella la cantaba en voz baja, como para sí misma; pero enseguida se veía toda rodeada por unas ganas locas de llorar, y lloraba como sólo la ausencia de "aquél" podía merecerlo.

Luego se acariciaba su vientre y le pedía perdón a su hijo.

En otras, se olvidaba por completo de que su hijo existía. Cualquier cosa venía a poner frente a ella la figura de Crispín el mayor. Entonces entrecerraba los ojos, soltaba el pensamiento y, de ese modo, se le iban las horas correteando tras de sus buenos recuerdos. Y era en aquellos momentos sin conciencia, cuando Crispín golpeaba con más fuerza en el vientre de ella y la despertaba. Luego a ella se le ocurría que los latidos del corazón de su hijo no eran latidos, sino más bien, era una llamada que él le hacía como regañándola por dejarlo solo e irse tan lejos. Y se ponía enseguida a conseguir un montón de reproches que se daba a sí misma, no parando de hacerlo hasta sentirse tranquila y sin miedo.

Porque eso sí, tenía un miedo muy grande de que algo le sucediera a su hijo, mientras ella se la pasaba sueñe y sueñe con el otro. Y no le cabía en la cabeza sino desesperarse al no poder saber nada. Acaso sufra, se decía. Acaso se esté ahogando ahí adentro, sin aire; o tal vez tenga miedo de la oscuridad. Todos los niños se asustan cuando están a oscuras. Todos. Y él también. ¿Por qué no se iba a asustar él? ¡Ah!, si estuviera acá afuera, yo sabría defenderlo; o al menos, vería si su carita se ponía pálida o si sus ojos se hacían tristes. Entonces yo sabría cómo hacer. Pero ahora no: no donde él está. Ahí no. Eso se decía.

Crispín no vivía enterado de eso. Sólo se movía un poquito, al sentir el vacío que los suspiros de su madre producían a un lado de él. Por otra

parte, hasta parecían acomodarlo mejor, de modo de poder seguir durmiendo, arrullado a la vez por el sonido parejo y repetido que la sangre, ahí cerca, hacía al subir y bajar una hora tras otra.

Así iba el asunto. Ella fuera de sus ratos malos se sentía encariñada a los días que vendrían. Y era para azorarse verla hacer los gestos de alegría que todas las madres aprenden tantito antes, para estar prevenidas. Y el modo de cuidar sus manos, alisándolas, con el fin de no lastimar mucho aquella carne casi quebradiza que pasearía hecha un nudo sobre sus brazos.

Así iba el asunto.

Sin embargo, la vida no es muy seria en sus cosas. Es de suponerse que ella ya sabía esto, pues la había visto jugar con Crispín el mayor, escondiéndose de él, hasta dar por resultado que ninguno de los dos volvieron a encontrarse. Eso había sucedido. Pero, por otra parte, ella no se imaginaba a la muerte sino de un modo tranquilo: tal como un río que va creciendo paso a paso, y va empujando las aguas viejas y las cubre lentamente; mas sin precipitarse como lo haría un arroyo nuevo. Así se imaginaba ella a la muerte, porque más de una vez la vio acercarse. La vio también en Crispín su esposo, y, aunque al principio no le fue posible reconocerla, al fin y al cabo, cuando notó que todo en él se maltrataba, no dudó que ella era.

Así pues, ella bien se daba cuenta de lo que la vida acostumbra a hacer con uno, cuando uno está más descuidado.

Aquella mañana, ella quiso ir al camposanto. Como siempre solía preguntar a Crispín, el no nacido, si estaba de acuerdo, lo hizo: Crispín, le dijo, ¿te parece bien que vayamos? Te prometo que no lloraré. Sólo nos sentaremos un ratito a platicar con tu padre y después volveremos; nos servirá a los dos, ¿quieres? Luego, tratando de adivinar en qué lugar podía tener sus manitas aquel hijo suyo: Te llevaré de la mano todo el tiempo. Eso le dijo.

Abrió la puerta para salir; pero enseguida sintió un viento frío, agachado al suelo, como si anduviera barriendo las calles. Entonces regresó por un abrigo, ¿pues qué pasaría si él sintiera frío? Lo buscó entre las ropas de la cama; lo buscó en el ropero: lo halló allá arriba, en un rincóncito. Pero el ropero estaba mucho más alto que ella y tuvo que subir al primer peldaño, después puso la rodilla en el segundo y alcanzó el abrigo con la puntita de los dedos. En ese momento, pensó que tal vez Crispín se habría despertado por aquel esfuerzo y bajó a toda prisa...

Bajó muy hondo. Algo lo empujaba. Debajo de ella, el suelo estaba lejos, sin alcance...